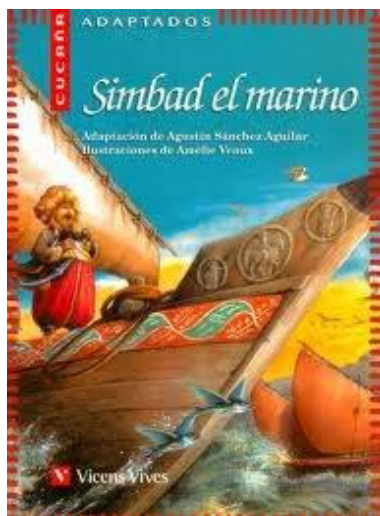


Simbad el marino. Cuento de *Las mil y una noches*



Los viajes de **Simbad el marino** relatados en *Las mil y una noches* son una hermosa recopilación de **cuENTOS orientales** escritos en árabe durante la **Edad Media**

En la obra original, las historias se intercalan a menudo unas dentro de otras, siguiendo la llamada técnica de las “**cajas chinas**” o de las “**muñecas rusas (matrioskas)**”. La historia de **Simbad el marino** queda integrada en la **historia marco** del otro **Simbad**, el pobre y joven **Simbad el porteador**. Este se queja de su mala suerte y canta una bella y triste canción que escucha el viejo **Simbad** desde su palacio, en la bella ciudad de **Bagdad**, en **Irak**, por entonces capital del **imperio islámico**. El aventurero pide a uno de sus criados que traiga al joven ante su presencia y le cuenta su larga historia, sus fantásticos **siete viajes** llenos de peligros, que lo hicieron rico en experiencias y dinero.

Simbad es un magnífico narrador, como también lo es **Sherezade**, la esposa del califa, a quien encandila cada noche con sus cuentos, para conseguir vivir un día más.

Simbad el marino comienza sus viajes siendo muy joven y los continúa hasta la edad madura, durante más de veintisiete años. La **estructura** de los cuentos es muy similar, siempre hay un **naufragio**, muchos **peligros** y **muer**tes, arribadas a **islas** supuestamente desiertas, apariciones de **gigantes** y **animales monstruosos**, encuentros de grandes **tesoros** y **pedras preciosas**, **palacios** y **reyes**, **mujeres** hermosísimas y..., finalmente, vueltas a casa de **Simbad**, que regresa cargado de riquezas.

La historia de **Simbad** (**siglo XI**) ha sido muchas veces comparada a las aventuras de **Ulises**, relatadas por el griego **Homero** en el **siglo VIII a. de C.**, hasta el punto de que se considera a **Simbad** el **Ulises árabe**. **Simbad** tiene muchas de las características del **héroe**: es astuto, prudente, aventurero, seductor; es un comerciante práctico, es generoso, solidario y excelente narrador, y no duda en mentir cuando le conviene; tiene ansia de superación y afán de vivir, no se rinde nunca; es creyente y siempre se encomienda a **Alá**.

Simbad, al final de cada viaje, promete siempre no volver a salir de su ciudad y permanecer en casa sin más gusto por la aventura. Pero al poco de vivir en el hogar, siente el gusanillo de los aires marinos y nuevamente vuelve a embarcarse. No cabe duda de que él es un **hombre afortunado**, un **elegido de Alá**, un **hombre de fe** que nunca pierde la **esperanza**.

Son aventuras notables:

- la de la **isla-ballena**;
- la del **pájaro roc** y el **valle de las serpientes (segundo viaje)**;
- la del **gigante caníbal** de un solo ojo (similar al **cíclope** de la **Odisea**, al que **Ulises** sacó su único ojo, como también hizo **Simbad**: con un hierro al rojo vivo) (**tercer viaje**);
- la de la **tribu antropófaga** que convierte a los compañeros de **Simbad** en **ovejas** (un episodio que recuerda a **Circe** transformando en **cerdos** a los acompañantes de **Ulises**) (**cuarto viaje**);
- la del **enterramiento en vida** de **Simbad** (que recuerda a la bajada de **Orfeo** a los **infiernos**);
- la del **viejo loco** que lo usa como si fuera un caballo (**quinto viaje**);
- la llegada a **Serendib** y la amistad con el **rey** del lugar (**sexto viaje**);

- la de la venta como **esclavo** y la **caza de elefantes (séptimo viaje)**.

El relato de **Simbad el marino** es pura **ficción**, pero fue escrito en un momento histórico concreto, en el **siglo XI**, cuando los **árabes** se habían lanzado a la conquista del mar y habían emprendido largos viajes comerciales que les llevaron a lugares tan distantes como **India, China** y **Sudán**. Embarcarse era entonces algo muy peligroso. Los **barcos** tenían sus tablas unidas con hilos de cáscara de coco (no con piezas de hierro, como en **Europa**) y eran frecuentes los **naufragios** o los encuentros con **piratas**, como le ocurre a **Simbad**.

En las ciudades portuarias, como **Basora**, era frecuente que los marinos entremezclaran historias reales con sucesos legendarios, y los árabes apreciaban mucho a los buenos narradores.

Simbad es el **príncipe de los cuentistas**, pues no solo sobrevive en sus aventuras, sino que, además, las **narra** con gran maestría. Es un **sabio** total que, ya en la **vejez**, mira hacia atrás con **satisfacción** y pleno de conocimientos: sus aventuras le han enseñado a disfrutar de las pequeñas cosas, a gozar del día a día en plenitud. **Simbad** nos enseña con sus relatos la enorme variedad cultural del mundo, su diversidad de usos y costumbres. Su historia es una invitación a soñar. Y a luchar por hacer realidad nuestros sueños.

No es de extrañar que la historia de **Simbad** haya sido llevada en varias ocasiones al **cine** y la **televisión**. Hay también ediciones ilustradas, adaptadas, alteradas... Es una obra patrimonio de la literatura universal y está traducida a todas las lenguas de cultura. Una de esas adaptaciones, que recomendamos, es:

- **Anónimo, Simbad el marino**. Adaptación, notas y actividades de **Agustín Sánchez Aguilar**. Ilustraciones de **Amélie Veaux**. Barcelona, Vicens Vives, 3ª reimpr., 2005. (Col. "Cucaña").

Más información sobre Las mil y una noches:

- **JAGF, Las mil y una noches**,
http://www.avempace.com/index.php?s=file_download&id=5833

Adaptación del cuento clásico de *Las mil y una noches* por Cristina Rodríguez Lomba

“Hace muchos años vivía en Bagdad un joven que tenía por oficio llevar mercancías por toda la ciudad. Todos los días acababa agotado de tanto cargar cajas y se lamentaba de que, lo que ganaba, no le servía para dejar de ser pobre.

Un día, al final de la jornada, se sentó a descansar junto a la puerta de la casa de un rico comerciante. El hombre, que estaba dentro, le oyó quejarse de su mala suerte en la vida.

– ¡Trabajar y trabajar, es lo único que hago! Al final del día sólo consigo recaudar tres o cuatro monedas que apenas me dan para comprar un mendrugo de pan y un poco de pescado ahumado ¡Qué desastre de vida la mía!

El comerciante sintió lástima por el chico y le invitó a cenar algo caliente. El muchacho aceptó y se quedó asombrado al entrar una vivienda tan lujosa y con tan ricos manjares sobre la mesa.

– ¡No sé qué decir, señor!... Nunca había visto tanta riqueza.

– Así es – contestó educadamente el hombre – Soy muy afortunado, pero quiero contarte cómo he conseguido todo esto que ves. Nadie me ha regalado nada y sólo espero que entiendas que es el fruto de mucho esfuerzo.

El comerciante, que se llamaba Simbad, relató su historia al intrigado muchacho.

– Verás... Mi padre me dejó una buena fortuna, pero la malgasté hasta quedarme sin nada. Entonces, decidí que tenía que hacerme marino.

– ¿Marino? ¡Guau! ¡Qué maravilla!

– Sí, pero no fue fácil. Durante el primer viaje, me caí del barco y nadé hasta una isla, que resultó ser el lomo de una ballena ¡El susto fue tremendo! Por suerte me salvé de ser tragado por ella. Conseguí agarrarme a un barril que flotaba en las aguas y la corriente me llevó a orillas de una ciudad desconocida. Vagué de un lado para otro durante un tiempo hasta que logré que me admitieran en un barco que me trajo de regreso a Bagdad ¡Fueron días muy duros!

Terminó de hablar y le dio al chico cien monedas de oro a cambio de que, al día siguiente, al terminar su trabajo, regresara a su casa para seguir escuchando sus relatos. El joven, con los bolsillos llenos, se fue dando botes de alegría. Lo primero que hizo fue comprar un buen pedazo de carne para preparar un asado y se puso las botas.

Al día siguiente volvió a casa de Simbad, tal y como habían acordado. Tras la cena, el hombre cerró los ojos y recordó otra parte de su emocionante vida.

– Mi segundo viaje fue muy curioso... Avisté una isla y atracamos el barco en la arena. Buscando alimentos encontré un huevo y cuando me disponía a cogerlo, un ave enorme se posó sobre mí y me agarró con sus fuertes patas, elevándome hasta el cielo. Pensé que quería dejarme caer sobre el mar, pero por suerte, lo hizo sobre un valle lleno de diamantes. Cogí todos los que pude y, malherido, salí de allí a duras penas. Conseguí localizar a la tripulación de mi barco, pero por poco no lo cuento.

Cuando terminó de rememorar su segundo viaje, le dio otras cien monedas de oro, invitándole a regresar al día siguiente. Al joven le encantaban las aventuras del viejo Simbad el marino y fue puntual a su cita. Una vez más, el hombre se sumió en sus apasionantes recuerdos.

– Te parecerá raro, pero a pesar de que ya vivía cómodamente no me conformé y quise volver al mar una tercera vez. De nuevo, corrí aventuras muy emocionantes. Llegamos a una isla donde habitaban cientos de pigmeos salvajes que destrozaron nuestro barco. Nos apresaron y nos llevaron ante su jefe, que era un gran gigante de un solo ojo y mirada espantosa.

– ¿Un gigante? ¡Qué miedo!

— ¡Sí, era terrorífico! Se comió a todos los marineros, pero como yo era muy flaco, me dejó a un lado. Cuando terminó de devorarlos, se quedó dormido

y yo aproveché para coger el atizador de las brasas, que estaba al rojo vivo, y se lo clavé en su único ojo ¡El alarido fue aterrador! Giró con rabia sobre sí mismo pero ya no podía verme y aproveché para huir. Llegué hasta la playa y un comerciante que tenía una barquita me recogió y me regaló unas telas para vender cuando llegásemos a buen puerto. Gracias a su generosidad, hice una gran fortuna y regresé a casa.

El joven estaba entusiasmado escuchando los relatos del intrépido marino ¡Cuántas aventuras había vivido ese hombre!...

Durante siete noches, Simbad contó una nueva historia, un nuevo viaje, cada uno más alucinante que el anterior. Y como siempre, antes de despedirse, le regalaba cien monedas.

Cuando finalizó su último encuentro, se despidieron con afecto. El comerciante no quiso que se fuera sin antes decirle algo importante:

– Ahora ya sabes que quien algo quiere, algo le cuesta. El destino es algo por lo que hay que luchar y que cada uno debe forjarse ¡Nadie en esta vida regala nada! Espero que el dinero que te he dado te ayude a empezar nuevos proyectos y que lo que te he contado te sirva en el futuro.

El joven comprendió que el viejo Simbad lo había conseguido todo a base de riesgo y esfuerzo. Ahora él tenía setecientas monedas de oro, pero había aprendido que no debía confiarse. Aunque ahorraría una parte y otra la invertiría, seguiría trabajando duro para, algún día no muy lejano, poder disfrutar de la misma vida tranquila y cómoda que su aventurero amigo.”